



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 42. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Noviembre 1875. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXV.

1.ª EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA.		2.ª EDICION.—ECONÓMICA.		3.ª EDICION.		4.ª EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.		ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año... 30,00 ptas.		Un año... 18,00 ptas.		Un año... 13,00 pesetas.		Un año... 27,00 ptas.	
Seis meses... 15,50 »		Seis meses... 9,50 »		Seis meses... 7,00 »		Seis meses... 14,50 »	
Tres meses... 8,00 »		Tres meses... 5,00 »		Tres meses... 3,50 »		Tres meses... 7,00 »	
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »		Un mes... 2,50 »	
PROVINCIAS.		PROVINCIAS.				PROVINCIAS.	
Un año... 36,00 ptas.		Un año... 21,00 ptas.				Un año... 29,00 ptas.	
Seis meses... 18,50 »		Seis meses... 11,50 »				Seis meses... 15,50 »	
Tres meses... 9,50 »		Tres meses... 6,00 »				Tres meses... 8,00 »	

Los precios de suscripción en CUBA y PUERTO-RICO los fijan los Agentes.—En PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con solo el aumento de 15 por 100, en razon al mayor coste de franqueo.

Agentes generales.—MONTEVIDEO: Sres. A. Barreiro y C.ª.—BUENOS AIRES: D. Manuel René.—CHILE y PERÚ: D. Julio Real y Prado.

SUMARIO.

Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Traje elegante para casa. — Paletot de novedad. — Albornoz-echarpe. — Mangas para vestidos. — Túnica para niña. — Esclavina de crochet tunecino. — Diferentes adornos para vestidos. — Cofia con lazos. — Cofia con escarpas. — Mangas interiores de punto. — Alfombra bordada de tapicería. — Entredós de cinta y trena. — Entredós de crochet. — Entredós bordados en tul. — Distintos fondos de puntos de aguja para capuchas y fichús. — Puntilla de malla. — Saco bordado para colgar junto á la cama. — Rodaja para sacar patrones. — LITERATURA: Dos novelas, por Salvador María de Fábregues. — La vuelta al bosque, poesia, por Ernesto G. Ladevese. — Soaeto, por Emilio Lopez Domingues. — La emancipacion de la mujer, por A. P. A. — De Madrid á Lisboa, por Nicolás Diaz y Perez. — Espigas y amapolas, por Angela Grassi. — Ecos del mundo, por Maria del Pilar Sinues. — Apuntes biográficos. — Variedades. — Secretos de tocador. — Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 5. ALFOMBRA BORDADA DE TAPICERÍA.

Modelo de un cuadro de Holbein.

Materiales: Cañamazo y lanas de los colores indicados.

El efecto verdaderamente artistico de esta labor, hecha de punto comun cruzado, resulta de la buena com-

binacion de los colores, casi todos opacos, que cada uno de por sí parece un color perdido, y de la reunion de todos resulta un delicioso conjunto. Es preciso ante todo bordar, ó por lo ménos trazar, toda la cenefa, y luego llenar el fondo, sea con el dibujo que muestra el modelo, sea con cualquier otro mosaico de los muchos que tienen recibidos nuestras lectoras, y como seria difícil ejecutar en un solo pedazo tan considerable labor, puede hacerse la cenefa aparte y aun el fondo en cuatro pedazos, que se cuidará de ajustar exactamente, cubriendo la union con puntos invisibles: los mismos colores de la cenefa deben entrar en combinacion para el mosaico.

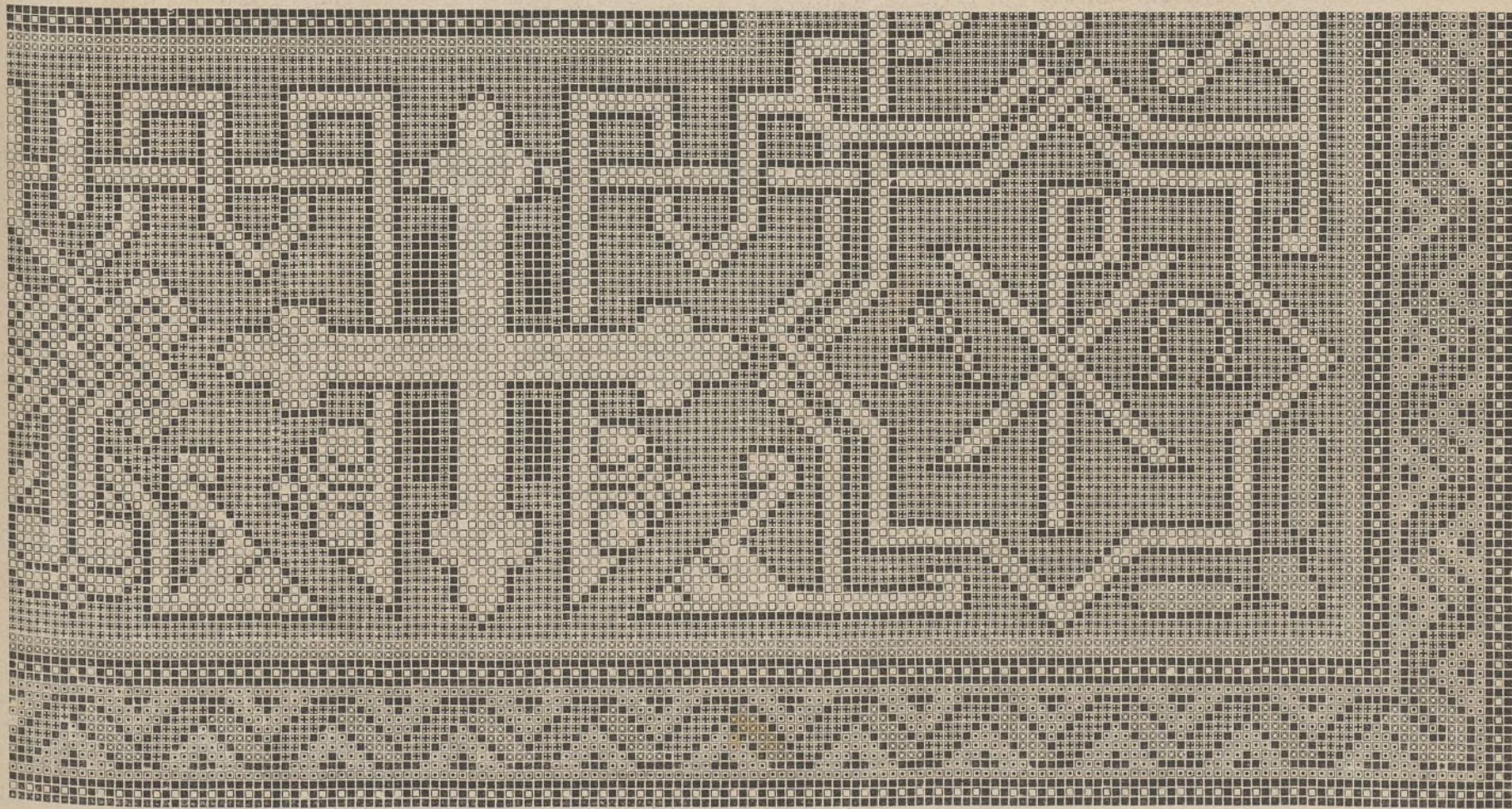
La cenefa, que tiene en cada ángulo un emblema religioso, la muestra en detalle el número 1, siguiendo el mismo dibujo por un lado y por otro, porque el modelo ofrece el ángulo mismo. Esta cenefa se ejecuta sobre fondo grana bajo, con gris y toques negros: solo en las orillas se emplea el verde, y la cinta que figura serpear en el

borde exterior es grana y negra sobre amarillo. Las pequeñas estrellas del fondo se bordan con los mismos colores, y los arabescos ovalados emplean cinco colores, como son: grana, negro, gris, azul y verde, ambos bajos; el fondo es verde más oscuro.

2 Y 3. ENTREDÓSES DE TRENCILLA Y CROCHET.

El primero, de trena, forma grandes estrellas de trena de picos, que se unen por el revés á punto por encima, así como los pequeños cuadros de cinta doble: este entredós está terminado á cada orilla por una cadeneta de crochet con barras enganchadas en los picos, y encima de esta vuelta otra de puntos dobles.

El entredós núm. 3 es todo de crochet, al que sirve de base una vuelta de crochet de horquilla, hecha con 3 barras en cada presilla, ó sea cada vez que se vuelve la horquilla. A cada lado de esta vuelta se hace una cadeneta lisa con dos puntos en cada presilla, y la tercera vuelta



negro

grana bajo

verde claro
1. Cenefa para la alfombra núm. 5.

gris claro

naiz

es toda de barras separadas entre sí por un punto liso y á esta otra de barras, también separadas por 3 puntos lisos, terminando el entredós á cada lado una vuelta de 4 barras en cada hueco y reunidas por arriba en un solo punto, separando con 2 de cadeneta cada grupo de ellas.

4. TRAJE PARA CASA.

El vestido de Biarritz liso, con larga chaqueta con bolsillos en los delanteros y sin más adorno que un ribete de lo mismo, le completa cuello liso y corbata de tul ó muselina y cófia de las mismas telas. La corbata es una tira de muselina de 14 á 16 cents. de ancho, cuyas puntas se terminan por encaje más ó menos rico: la cófia se arma sobre un triángulo de tul de armar de 25 cents. de largo por 11 de ancho en el centro: la parte de adelante es un doble rizado en diadema de muselina orillada de encaje y adornado en el centro de un lazo, cuyos cabos se continúan en medio del rizado, formando las bridas que se anudan por detras. El fondo forma un pañuelo hecho de dos tiras de muselina plegadas en abanico y separadas por lazadas de cinta rosa como el centro del adorno.

6 Y 7. ENTREDÓS BORDADOS EN TUL.

Segun al uso á que se destinen pueden bordarse en blanco ó en negro: el bordado es á punto de zurcido, con seda negra ó con hilo blanco plata.

8 Y 9. ESCLAVINA DE CROCHET TUNECINO.

Materiales: 130 gramos de lana céfiro marron, 8 en negro y 10 en gris.

Esta esclavina, toda de punto tunecino, se comienza por el fondo liso, al que se une la cenefa hecha separadamente: empíezase el fondo por el borde interior con 251 puntos, y despues de haber hecho las dos primeras vueltas, se va menguando un punto á cada orilla, al empezar despues del primer punto, y al concluir ántes del último; y lo mismo en el centro de la espalda á los dos lados del punto del centro: estos menguados ya se comprende que se hacen en todas las vueltas al ir, y no se alteran los puntos al volver ó sobrecargarlos. Hasta las 12 vueltas se sigue esta combinacion y desde ella se comienza á menguar en cada hombro como en el centro de la espalda, y al llegar á la vuelta 24 se principia á arreglar el escote, que debe ser más alto por detras que por delante, dejando al principio y fin de las 5 vueltas siguientes 8 puntos sobre la aguja sin interrumpir los menguados de los hombros, hasta contar 15 puntos en la aguja, con los cuales se concluye el escote.

El núm. 8 muestra la cenefa que se ejecuta separadamente y á lo ancho con 24 puntos: el centro forma una raya negra adornada de traviesas, cuyo centro es en lana gris, y las puntas que sobresalen á descansar en el fondo marron son blancas: se adaptan las puntas de la cenefa nesgándola, para lo cual se principia la cenefa por un punto, aumentando gradualmente hasta los 24 y se procede del mismo modo para el centro de atras, terminando tambien gradualmente. Para ejecutar el dibujo hay necesidad de emplear al mismo tiempo diferentes ovillos de lana, dejando por detras las hebras que no se usan: los colores son marron, negro, blanco y gris, y para cambiar de color, se toma la nueva hebra al sacar el punto por el anterior de aquel en que se necesite emplear. La union de la cenefa al fondo se hace por una vuelta de puntos dobles, blancos y negros, que deben dejarse muy flojos. La cenefa va terminada por un fleco de lana de 14 centímetros de largo y anudado en una vuelta de barras que termina la cenefa (véase núm. 8). Cada borla ó nudo consta de tres cabos: los bordes de delante y cuello de la esclavina se terminan con picots de 3 puntos de cadeneta y uno doble, despues de haber ejecutado 3 vueltas de puntos dobles negros y blancos.

10. PALETOT CON LOS DELANTEROS EN PICO.

Es de cachemir negro, forrado de seda y adornado de biés de faya de 5 cents. de ancho, con doble vivo al borde y una pasamanería. Fleco de borlas rodea la falda y lazos de faya le completan.

11. ALBORNOZ-ECHARPE.

Es de tejido albanés, esto es, de fondo de lana con rayas de muchos colores, y tiene 84 cents. de ancho por 208 de largo, formando de él mismo el doblez superior de 11 cents. Dos borlas adornan la capucha por detras.

12. MANGAS INTERIORES DE PUNTO.

Una cinta de hilo reúne estas dos mangas, que debe

dejarse á la medida de la espalda, impidiendo de este modo que las mangas se bajen. Los dos extremos de las mangas llevan un ancho pedazo de elástico, ó sea de 2 puntos de revés y 2 del derecho, lo que les hace ajustar perfectamente al brazo. Se ejecutan en redondo como la media, empezando por el borde superior con 120 puntos y haciendo 100 vueltas de elástico; siguen 10 vueltas lisas del derecho, otras 10 de dos puntos de derecho y 2 del revés, 10 lisas y otras 10 del mismo dibujo. Entonces se comienza el fondo ó centro á punto liso, con costura como la media, menguando algo en la segunda mitad, para la parte de abajo del brazo, y se termina por fin con un puño de 55 vueltas hechas de elástico como el principio. Estas mangas pueden ser blancas ó de color.

13 Y 14 MANGAS PARA VESTIDOS.

13.—El adorno consiste en biees anchos y estrechos orillados de un abultado ribete y plegados de seda. Cada uno de los dos biees que rodean la manga tiene 2 $\frac{1}{2}$ centímetros de ancho, mientras que los que se hallan colocados al través, no tienen más que 1 $\frac{1}{2}$, y un largo graduado desde 6 hasta 9 cents. Uno de estos biees cubre cada vez la pegadura del anterior. Un lazo de puntas desfiladas de cinta de reps de 7 cents. de ancho completa el adorno.

14.—Es de dos telas, una lisa y la otra brochada. El adorno consiste en un bullonado de cada tela: el primero, de la lisa, cubre al mismo tiempo la pegadura de un plegado de 2 cents. de ancho que rodea la manga. La pegadura del segundo bullonado, de tela brochada, se oculta con una solapa plegada de la misma tela, y otra pequeña encima de la tela lisa. Un lazo de cinta va colocado en la costura exterior, en donde termina el bullonado.

15 Y 16. DOS DIFERENTES ADORNOS PARA VESTIDO.

Ambos representan dos lindos adornos, compuestos de volantes fruncidos y plegados, biees y bullones, que pueden guarnecer vestidos lisos y de dos telas. La altura del adorno debe guardar proporcion con la estatura de la persona á quien se viste, pero nunca mide menos de 30 á 40 cents.

17 Y 18. TÚNICA PARA NIÑA.

Su forma es muy sencilla: se obtiene el pouf dando 10 cents. de tela de más en el paño de atras, que se une con algunos pliegues á los de los costados. Un biés de la tela que sube hasta la misma cintura oculta la costura y sirve al mismo tiempo de adorno.

19 Y 20. CÓFIAS ELEGANTES.

Ambas están montadas á un fondo-redecilla de 34 centímetros de diámetro, que se une por delante á una pasa recta de 2 á 3 cents. de ancho, formando punta en el centro. El borde de atras de la redecilla lleva una jareta, por la cual se pasa un elástico.

24. *Cófia con lazos.*—El fondo es de tul de malines, blanco, que sirve de transparente á un tul negro igual. La pasa está orillada con un rizado de tul de ilusion blanco, de 2 cents. de ancho, guarnecido con una puntilla de un cent. de ancho. La diadema consiste en el mismo rizado y lazadas de cinta, que terminan en el costado bajo un lazo, mientras por detras sujetan con un doble pliegue un velo de tul blanco moteado, que descende flotando sobre la redecilla. Para el velo se necesita un pedazo de tul de 28 cents. de largo por 16 de ancho, sesgado de abajo de modo que forme una punta de 8 cents. de largo. La blonda blanca, de 6 cents. de ancho, que guarnece el velo, sube por delante hasta la cima de la cabeza, donde forma un pliegue abanico, sostenido por un lazo de cinta. Dos cintas puestas una bajo el velo y la otra encima, terminan atras con un lazo de caidas. Bidas de cinta de 72 cents. de largo, orilladas por un lado con una puntillita, se cosen á lo largo del rizado de la pasa desde la diadema, y caen sobre los costados ó se anudan graciosamente. La cinta es de tafetan malva de 3 $\frac{1}{2}$ y 4 $\frac{1}{2}$ cents. de ancho.

25. *Cófia con escarapelas.*—El fondo-redecilla es de tul negro moteado, el borde de la pasa queda visible á pesar del adorno y se cubre con una cinta igual á la que sirve para todo lo demás. Un retorcido de la misma cinta oculta la union del rizado á la pasa, la cual lleva en el costado una escarapela entre rizados de tul y encaje. El centro del fondo va cubierto con un bullonado de tul de ilusion blanco de 15 cents. de largo por 6 y 3 de ancho de arriba y de abajo, sujeto arriba con un lazo de cinta, y por ámbos lados con una brida de cinta adornada con puntillas trasversales.

Estas bridas se detienen bajo un lazo en el extremo de

la redecilla y descenden sobre la espalda. Las bridas pegadas á la pasa llevan el mismo adorno de puntillas.

21 Á 26. SACO PARA COLGARSE JUNTO Á LA CAMA.

Materiales: Tela cruda y puntilla color crudo, seda fina negra y encarnada, cordoncillo de seda negra.

Sirve para poner en él los objetos que se quieren tener á mano durante la noche, y constituye un lindo regalo para señora mayor. Para la parte de atras del saco se emplea un pedazo de tela de 20 cents. de ancho por 34 de altura, mientras que la parte de delante no tiene más que 25 cents. de altura.

El grabado demuestra el modo de sesgar las dos telas, como asimismo el forro, para darle la figura exágona prolongada que tiene. El bordado, que representa en parte el grabado 24 de tamaño natural, se ejecuta con la seda negra y encarnada, pudiéndose completar fácilmente la cenefa.

Las dobles líneas exteriores se bordan á cadeneta con torneada en negro; los arabescos á perfil con encarnado, y los bodeques al pasado. La divisa *Dios os guarde*, bordada con encarnado en el centro, lleva encima una cabeza de ángel con alas, que representa el grabado 22. La divisa se ejecuta con letras góticas, cuya muestra da el grabado 21 de tamaño natural. Tambien se puede reemplazar la divisa con las iniciales que se quiera, copiándolas de los innumerables alfabetos que enriquecen al Correo en sus pliegos de dibujos.

Los bordes del saco se festonan con seda encarnada, y se guarnecen con una puntilla cruda, ligeramente fruncida, de 4 cents. de ancho. Tres presillas de crochet hechas con hilo gris, sirven para fijar el saco á la pared. Una cordonería con borlas, hecha con seda encarnada, completa el adorno. El grab. 25 muestra el modo de ejecutar la borla y el 26 el cordón.

27 Y 28. DOS DISTINTOS PUNTOS DE AGUJA PARA PAÑUELOS Y FICHÚS.

27. *Punto ejecutado con una hebra sola.*—Se trabaja sobre agujas gruesas de madera, yendo y viniendo, cada punto por separado y al revés. Terminada la labor se estira en sentido de lo ancho, á fin de alargar las hebras, como muestra el grabado.

28. *Punto ejecutado con dos hebras.*—Se trabaja con dos clases de agujas, unas gruesas y otras delgadas, yendo y viniendo, una vuelta al revés y 2 al derecho: la primera siempre con las agujas gruesas y dos hebras de lana, haciendo cada vez un punto con dos de la vuelta anterior. Terminada la vuelta se deja atras una de las hebras para hacer con la otra y la aguja delgada las dos vueltas al derecho: en la primera de estas se hace un punto en cada una de las lazadas que forman el punto doble de la vuelta anterior. La labor debe empezarse con la aguja gruesa y la lana doble. De las dos vueltas que siguen, con las agujas finas, se hace la primera al derecho, la segunda al revés, y luego cada vez tres vueltas seguidas al derecho y tres vueltas al revés.

29. PUNTILLA DE MALLA PARA PAÑUELOS DE LANA, FICHÚS, ETC.

Materiales: Lana céfiro, una aguja gruesa de hacer malla, una aguja de madera de hacer calceta, un mallero redondo de 3 $\frac{1}{2}$ cents. de diámetro, y un mallero de un cent. de ancho.

Se hace en dos colores, por ejemplo, blanco y azul. Se empieza con dos vueltas azules, sobre el mallero redondo, yendo y viniendo. La 3.^a vuelta, con lana blanca, se ejecuta sobre el mallero chato, pasando dos veces la hebra en un mismo punto de la vuelta anterior, luego se hace el nudo, no dentro de la malla, sino alrededor, de modo que las tres lazadas parezcan unidas con un solo nudo. A la 4.^a vuelta se toma cada vez con dos mallas, hechas con lana azul, la triple malla de la vuelta anterior. La 5.^a vuelta como la 3.^a, y la 6.^a como la 4.^a. La 7.^a se hace sobre el mallero redondo con lana azul. Luego se ejecutan los festones exteriores con lana blanca: anudando 9 veces la hebra en la 4.^a malla de la vuelta anterior. Las dos vueltas lisas, en azul, se hacen sobre la aguja de madera de hacer calceta, contando tantos nudos cuantas mallas haya en la vuelta anterior. (Véase el grabado 29).

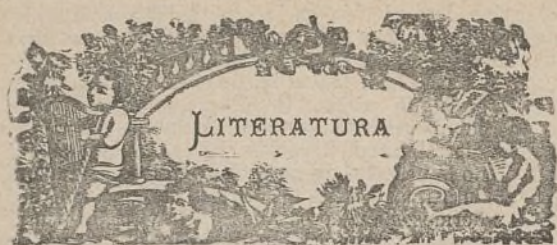
Esta puntilla produce un efecto muy lindo, y puede aplicarse á mil distintos objetos.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



LITERATURA

DOS NOVELAS

DE LA SEÑORITA DOÑA ANGELA GRASSI.

La agitación febril que hoy se nota en todas las esferas; el malestar y el disgusto que hace tiempo se viene observando en todas las clases; el estrépito de los combates con que la guerra civil ensangrienta algunas provincias de nuestra hermosa cuanto desgraciada España; la crisis, en fin, por que estamos atravesando, no son impedimento suficiente para que el movimiento literario, siempre así lo digamos, siga en creciente desarrollo, y mayor sería aún este, si la política a la literatura no robaba tantos talentos.

En un país en donde el desarrollo intelectual marcha tan lentamente, á pesar del tan decantado progreso, se necesita que los gobiernos que rijan sus destinos den toda su protección á las letras, sin que el color político ó el espíritu de bandería sirvan para postergar el verdadero mérito donde quiera que exista. Justa nos parece la petición, pero nuestra voz no hallará eco en las regiones del poder, porque, está visto, en España solo la política hace hombres, aunque con ella solo causen á veces la ruina del país y el retroceso moral de sus habitantes.

Afortunadamente existen todavía almas grandes y generosas ávidas de hacer bien, sin atender al medro personal, ni al lucro del mercantilismo, y á ellas debemos que el pueblo tenga sabroso pasto para el alimento de su inteligencia.

Una de las que más elogios merecen en ese concepto, es la autora de dos novelas, que con fruición hemos leído, y de las que vamos á ocuparnos someramente y no con la detención de que son susceptibles, pues de esa manera sería nuestro trabajo interminable, y el gusto moderno está hoy por lo breve y lo conciso.

Titúlase la primera de ellas *El capital de la virtud*, y en verdad que el fondo y la forma de la obra constituyen un riquísimo tesoro, en el que no se sabe qué admirar más, si la galanura poética de la frase, lo elevado y filosófico de los pensamientos, la verdad de las descripciones, la naturalidad y tino con que está desarrollada la fábula ó la maestría con que están dibujados los tipos que forman el cuadro. Las lectoras de *El Correo de la Moda*, estamos seguros, abundarán en nuestra opinión, pues ocasión habrán tenido de saborear sus bellezas, una vez que exclusivamente fue escrita y dedicada á ellas.

Cuanto pueda exigir el censor más riguroso, cuanto el gusto más refinado apetezca, se encuentra en *El capital de la virtud*. Su intachable moralidad, su sana filosofía, sus situaciones naturales á la par que interesantes, producen el efecto que todo buen libro causa al lector: le interesan y le enseñan. No se puede leer esa novela sin que el fastidio, plaga social, desaparezca por completo y un nuevo orden de ideas acuda en tropel á la imaginación llenando un vacío que antes esterilizaba la existencia. Se ha de sentir, se ha de creer precisamente, viendo mujeres como Marta y Clotilde; se ha de esperar en una justicia eterna é infalible contemplando hombres como D. Eusebio y Mauro, polos opuestos del eje que hace girar la rueda de la vida, y cuyo centro de gravedad es el problema que cada uno desenvuelve á su antojo. Las situaciones todas están presentadas con gran verdad, sin esfuerzo, el desarrollo del plan obedece á un pensamiento solo, y las oportunas reflexiones que en algunos capítulos se encuentran, son la parte más sabrosa para la inteligencia. Para elevar á lo infinito la sublime abnegación de Marta, la autora le hace hacer un último y supremo sacrificio que el egoísmo humano no comprende. Todo habla en pró del pensamiento que presidió á la obra, y es imposible no sentir una dulce satisfacción leyendo *El capital de la virtud*. La crítica más suspicaz no puede tener más que elogios para una obra semejante, y aun á trueque de que la modestia de su autora la haga ruborizarse, diremos que debe considerarse, en su género, como un modelo la novela á que nos referimos y cuya lectura recomendamos á toda clase de personas, convencidos de que hacemos un bien al indicarles donde encontraran la enseñanza útil y el agradable pasatiempo.

¡Quién no tiene que apurar en la vida la amarga copa del infortunio! Quién no sufre una tras otra esas penas acerbadas que no se comprenden porque tampoco pueden explicarse. Quién, en una palabra, ¡no es desgraciado!

Nadie. Esa ley eterna é inmutable alcanza á todos. El opulento magnate en medio de su fausto y su ostentación, tiene á veces el torcedor de un remordimiento que amarga hasta las horas que consagra al placer. Aquel que vive dedicado al fomento de una riqueza perecedera, y que acapara millones, negocio tras negocio, sin mirar que tal vez cause la ruina de algunos; ese tiene que sufrir algun crónico achaque que de continuo pone su existencia á las puertas del sepulcro. ¿De que le sirve, pues, el tirar el oro á puñados, si carece de salud? Otro, en fin, que obtiene por su posición ese servil respeto y consideración propios de los que están bajo de él, no puede conseguir un afecto verdadero y desinteresado. La impúdica Mesalina que pasea su venal hermosura en faustoso tren costado por la pequeñez de algun imbécil; la adoradora del becerro de oro, la mujer que se degrada convirtiéndose en despreciable maniquí ataviado con provocativo lujo, esa que viste seda y ostenta brillantes cuando ayer era una pobre hija del pueblo; esa infeliz que ha emprendido tan torcido camino, ha de llegar un momento en su turbulenta existencia que sienta el desprecio con que la abrumen las gentes honradas; ha de llegar un momento en que su orgullo abatido tenga que apurar una decepción y en que lágrimas de sangre surquen sus mejillas, que no pueden colorearse ya por el carmin del rubor. Esa desgraciada y otras mil más que podríamos presentar, aun á pesar de su aparente bien estar, todos esos apuran en la vida la amarga copa del infortunio; todos esos sufren esas penas acerbadas que no se comprenden porque tampoco pueden explicarse. Para ellos sin duda está escrito un hermoso libro de Angela Grassi que se titula *El bálsamo de las penas*.

No entraremos en la minuciosa descripción de la obra, trabajo fuera de mayores proporciones quizá que la obra misma. El nombre de su autora es suficiente garantía de bondad y belleza, y efectivamente, ambas cualidades aduna.

La novela es el libro popular actualmente; la leen todos, pero no todos tampoco tienen la buena suerte de tropezar con las que pueden servirles de provecho. Para eso está la crítica imparcial que evidencia la bondad de un libro ó señala sus defectos con oportunas y juiciosas correcciones. Este último trabajo no tendrá que tomárselo el crítico que quiera ocuparse de *El bálsamo de las penas*. Nada encontrará en él sino una pintura exacta de lo que estamos viendo continuamente en nuestra sociedad. Las figuras que componen el cuadro están magistralmente delineadas, hay verdad positiva en el colorido y esos suaves toques que aquilatan el valor de una obra. Si su autora no hubiese escrito otro libro que el que nos ocupa, era suficiente él solo para crear una reputación con tan sólida base.

Cualquiera que sea el gusto ó aficiones literarias del lector, estamos seguros que ha de saborear las muchas bellezas que en la forma y en el fondo contiene *El bálsamo de las penas*. Los rigoristas y de gusto recabado que digan se encuentra en él una exageración que se separa de la verdad algun tanto, al llegar á ciertas y determinadas situaciones, esos no conocen lo que es el corazón bueno, esos no comprenden el amor y la abnegación; no sienten el afecto fraternal tal cual Dios lo encarnó en el corazón de Abel. Además, la síntesis de esa batalla continua que la criatura sostiene desde la cuna al sepulcro forma un estudio psicológico que muchos han procurado desarrollar, pero pocos son los que lo han conseguido con la naturalidad y buena forma que Angela Grassi. Así se comprende perfectamente cuando dice como corolario: — «La caridad es el bálsamo que cura las dolencias del alma. La dicha que esparcimos á nuestro alrededor, refluye sobre nosotros mismos. Nadie puede estar verdaderamente triste después de haber llevado á cabo una buena acción. Seamos buenos y resignados si queremos ser dichosos.» — ¡Qué más podríamos añadir? Sí, una cosa nos resta todavía, es recomendar á nuestras amables lectoras, que no dejen de adquirir y leer con detención este libro.

Escritas las anteriores líneas pensábamos poner fin al artículo, pero llega á nuestras manos un nuevo libro que ha brotado de la elegante pluma de Angela Grassi. Es, *La gota de agua*, así se titula un poema que pone una vez más de relieve el talento esclarecido de su autora. No es menester que nosotros le tributemos elogios que merece: el jurado del concurso Rodríguez Cao le ha discernido el premio á que de justicia es acreedor. En pocas páginas, y con ese inimitable estilo que rebosa poesía, narra la historia de dos ciegos. Acontecimientos vulgares los hace interesantes descritos con esa magia fascinadora con que sabe cautivar insensiblemente al lector. Si motivo teníamos para recomendar las obras anteriores, haylo, y muy suficiente, para que hagamos otro tanto con la última producción de Angela Grassi. No tendrá

que arrepentirse nunca el que aumente su biblioteca con los libros de que ligeramente nos hemos ocupado.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

LA VUELTA AL BOSQUE.

Luce la nueva aurora,
¡volemós á la selva!...

Antes que, destructora,
por los espacios vuelva,
por los espacios vuelva,
con sus revueltas ráfagas,
la negra tempestad,
busquemos anhelantes
los sitios escondidos,
donde quedaron ántes
ocultos nuestros nidos,
y nuestras crias débiles
en triste soledad....

Aquellos que en el suelo
sus nidos á hallar van,
¡á quién darán su arrullo, á dónde ya su vuelo
mañana tornarán?

Cuando detras dejamos,
buscando el rubio trigo,
el bosque que poblamos,
nos era el viento amigo;
pero, al volver ¡ay miseros!
zumbaba el huracán....
Los árboles lanzaban
roncos bramidos fieros
que alguna vez ahogaban
quejidos lastimeros,
y se torcían rígidos
con turbulento afán.

Deshechos en el suelo
cien nidos allí están....
las alas que los buscan ¡á dónde ya su vuelo
mañana tornarán?

Esta es la selva oscura
do están nuestros amores,
donde no más fulgura
con vagos resplandores
el claro sol que fúlgido
alzándose allí vá!

Las ramas están mudas,
los árboles rasgados;
cien copas hay desnudas,
cien troncos derribados....
nuestros hijuelos tímidos,
¡por qué no pían ya?

Al rápido arroyuelo
¡cuántos despojos van!
Los que sus nidos pierden ¡á dónde ya su vuelo
mañana tornarán?

¡Ay, Dios ¡á dónde han ido
los árboles frondosos,
donde, guardando el nido,
mil trinos melodiosos,
del arroyuelo uníamos
al dulce murmurar?

¡Tronzólos con su planta
la tempestad rugiente!...
¡Qué hermoso se levanta
el sol en el Oriente,
cual de las pobres víctimas
burlándose al brillar!...

¡Luzca radiante el cielo!
Al que sin nido está,

¡qué le traerá el mañana? ¡su fatigoso vuelo,
á dónde tornará?

ERNESTO G. LADEVESE.

Arcerchón, Agosto de 1875.

A LA MEMORIA

DEL EMINENTE POETA CORDOBES
EL DUQUE DE RIVAS.

SONETO.

Inmortal es el sol y eternamente
ha de seguir su curso peregrino,
sin que cambie jamás de su destino
en ambos polos su belleza ardiente.

Inmortal es el génio que en tu frente
para el mundo brillara de continuo,
siendo el Bétis, cual siempre cristalino,
de tanta inspiración la clara fuente.

Si del arte eres sol esplendoroso
vivirás como aquel sin que perezca
la luz hermosa que á tu cuna baña;

Por eso yo te canto temeroso
que al nombrarte mi lira desfallezca;
tal es tu nombre, gloria de la España.

EMILIO LOPEZ DOMINGUEZ.

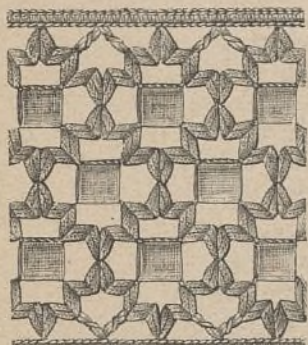
LA EMANCIPACION DE LA MUJER.

(Conclusion).

La mujer, cumpliendo en holocausto de sus convicciones tan delicados deberes, sin que leyes humanas se lo manden, revela gran elevación de inteligencia; y si aprendiendo á adivinar, ya que no le permiten comprender, toma con ello tan activa parte en la vida de los pueblos, dirigiendo desde el hogar al hombre, ¿por qué recibe reproches tan inmerecidos en el elevado juicio de los sábios? Si algún día esos doctos que juzgando por la falta de ilustración de la mujer la fuerza de su inteligencia, la consideran como indigna de obtener el perfeccionamiento intelectual á que llega el hombre; si

algún día sienten que se altera la grave serenidad de sus semblantes al escuchar una idea tímida que en asientos de otro ilustrado predominio, y acaso por intimación respetable se atreve á demostrar alguna joven, por la justicia al menos, detengan la risa en sus labios: recuerden que dista mucho el colegio donde se estudia para adorno, de esos centros del saber que se llaman universidades, academias, ateneos, donde el hombre desarrolla y vigoriza su inteligencia con el ejercicio de sus facultades, fortaleciéndolos en el estudio de la meditación. ¿Por qué recriminar á la mujer? ¿Es, acaso, ya que otra razón no lo justifica, porque debiendo adivinar el estado de cultura á que hemos llegado, no dió pruebas de una inventiva extraordinaria, haciéndolo con toda esa sabiduría que al hombre de más talento, tantos años de fatigosos estudios le ha costado adquirir? Y bien: mientras sobre su suficiencia intelectual se tengan tan contrarias convicciones, ¿qué palabra sería tan elocuente, que por su única autoridad la denunciara? Ninguna; y sin embargo, la historia de ha largo tiempo, enseña que no basta la creencia de toda una serie de generaciones

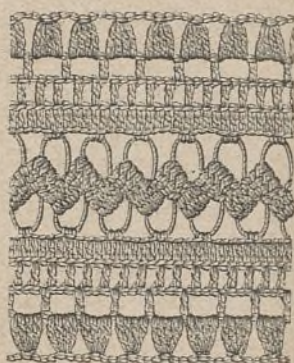
para probar que es justo lo creído; y también esa cruel exposición de los errores de los pueblos, nos demuestra que la verdad y la justicia han sufrido siempre tenaz guerra; pero como en las creaciones de concienzudos dramáticos, hijos del genio, inspirados de Dios, la justicia y la verdad han salido siempre vencedores, hay quien sospecha que en el drama de la vida, quien triunfa es la mujer: en esa cuestión, que por lo debatida tiene mucho de enojoso, es donde ella, que no estima para sí esos brillantes dones, que no los quiere, jamás ha demostrado interés porque se le haga justicia; ¿qué es para la mujer esa omnipotencia de pensamiento? Causa de repulsión; sí, porque ¿quién elevó pedestal de gloria y lecho de laureles á la guerra? ¿Quién dejó que la co-



2. Entredós de cinta y trencilla.



4. Traje para casa.



3. Entredós de crochet.

rona del vencedor, humedecida en la sangre del vencido, sea suprema insignia? ¿Quién en medio de su libertad soberana forjó la argolla del esclavo? Y si es tan triste la historia de la inteligencia libre, ¿cómo ha de creerse que la tenga en algún aprecio la mujer, mientras pueda compararla á su hermoso destino de caridad?

Si alguna instrucción quiere, aunque para sí no la necesita, es para trasmitirla en forma de bellísimas ideas á los ángeles del hogar: en los hermosos primeros años de la vida, el pensamiento del niño es tan delicado, que el menor trabajo lo cansa y lo fatiga el más leve esfuerzo: el estudio entonces es penoso, y en los colegios la enseñanza, aun la más benigna, tiene, por su manera de ser, mucho de severa. En ese tiempo, solo á una madre debe estar encomendada la de su hijo: la riqueza de sentimiento que guarda el alma de la mujer, atenua, embelleciéndola, toda la aridez de los primeros estudios: el carácter de la paciente, de la madre, no atemoriza con severas preparaciones el ánimo del niño; con la viveza de imaginación innata en el sexo, cariñoso, incansable, variando las formas de sus ideas á cada nueva dicha del infantil agente, la mujer, cuyas dotes de oradora ignora si son reconocidas, cumple en el hogar, como institutriz de sus hijos, una altísima misión, un indisputable deber; digo mal: no lo cumple; necesita para ello que se le conceda un poco de permiso público para estudiar; necesita que los hombres comprendan que su hogar está incompleto mientras no se ilustre á la mujer, y entendiéndolo así, que no se enojen cuando la vean aparecer con un crochet en una mano y en la otra un tratado de matemáticas... ¿Tampoco se permite? Bien está; ella, acallando justas protestas, se consolará con los periódicos de Modas; pero acaso piense, aunque sea un conato de filosófica meditación, que oponer decidido, si bien

loable propósito á la corriente de las preocupaciones, es, como intento vano, chispa fugaz que va á perderse en las revueltas ondas del mar, ó en las arenas del desierto.

A. P. A.

DE MADRID
Á LISBOA(IMPRESIONES
DE UN VIAJE).

XXXIII.

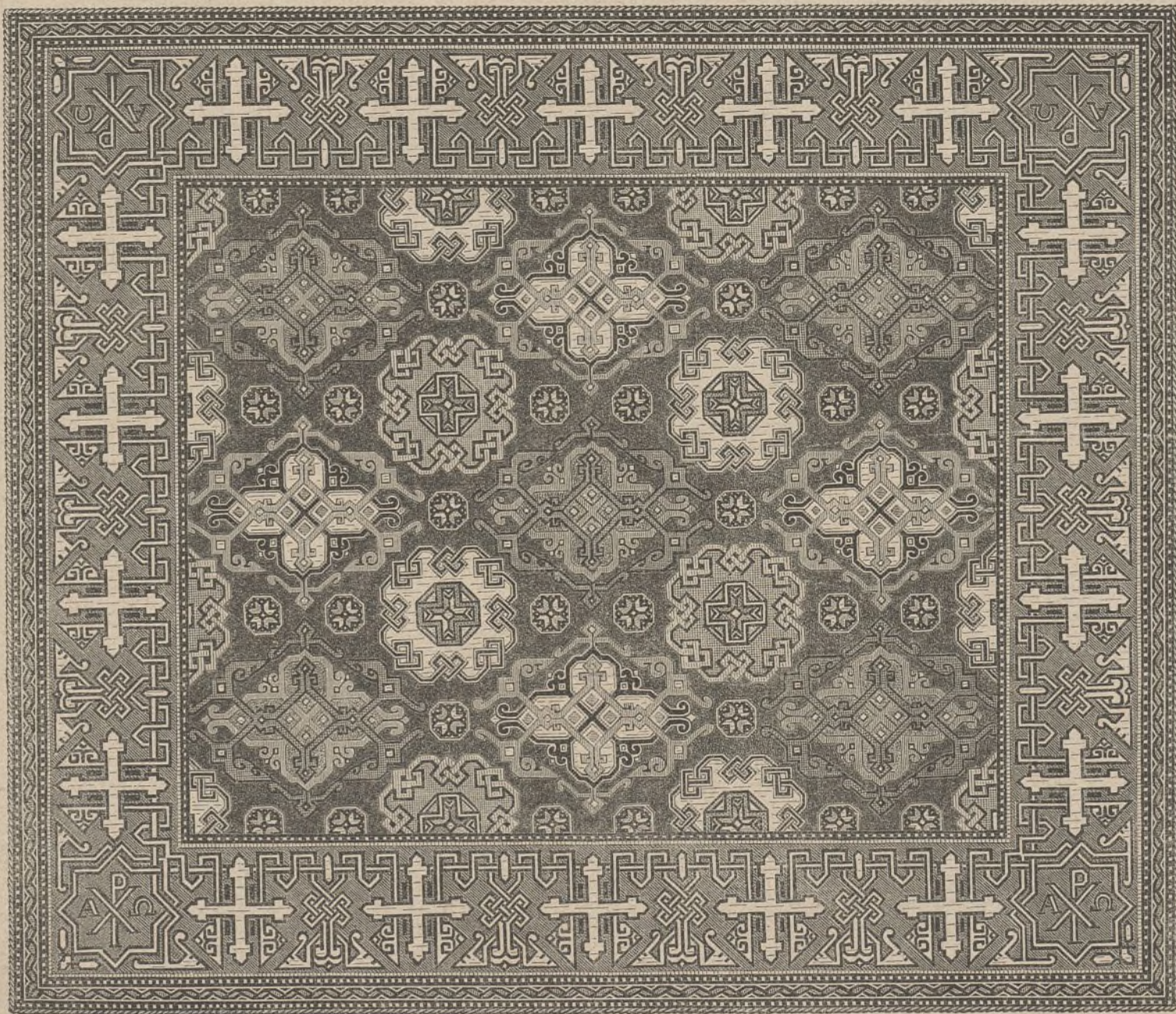
DE CÓMO LL
GAMOS
Á BEMPOSTA.

El tren estaba detenido en la estación y frente á nosotros, á nuestro costado, se levantaba una alta sierra sobre la cual se veían algunas lucecitas.

— Allí está Portalegre, en aquel alto, amigo Scott.

— Está bien situado.

— Ciudad que, como dice su nombre, asentada sobre un puerto muy alegre, goza de buena salubridad; es grande y pintoresca, tiene elegantes edificios, iglesia catedral, cuyas naves están sostenidas por bellas columnas góti-



5. Alfombra bordada de tapicería, punto de cruz. (Véase el núm. 1).



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Senoras
 Plaza de Isabel 2^a II Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



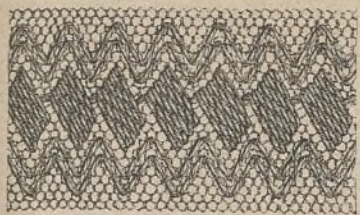
marco
tando
en tier
truida
Media
no de
da not
ros no
dirse á
cola, p
por la

—¿Q
—L
Por e
que ab
remos,
se bat
gueses
les.

—¿P
—P
sion de
entre v
cipes o
putaba
gal des
habia
de Cas
mando
reino
depe
diente
cuatro
glos m
tarde
via á
tenecer
Españ

pue
muerto
último
beran
D. En
que
Casto,
herec
Felipe
ronle e
y el pr
con sus
Anton
cito qu
y Crat
bleza d
de Esp
mente
que á
persó
su man
que se
aunque
obtuvo
cesas,
marqu
de hab
deró d
servido
quedar
gal, y
bas in
Españ
fué cé
tugal,
mero d
cha qu
En e





6. Entredós bordado en tul.

marca rural, donde viven unos 12.000 habitantes, contando los 8.000 de la ciudad, fundada por los Romanos en tiempo de Augusto, con el nombre de *Ammen* y destruida después por los árabes, en el siglo XI. En la Edad Media, cuando por Don Alfonso Enrique se formó el reino de Portugal, Portalegre fué restaurada, y engrandecida notablemente en tiempos del rey D. Manuel. Sus muros no son muy sólidos, así fué que en 1704 tuvo que rendirse á las tropas españolas de Felipe V. Es pueblo agrícola, pero tiene también algunas industrias sostenidas por la fabricación de paños y jabones.

—¿Qué estación viene ahora?

—La de Crato.

Por estos sitios que ahora recorremos, en 1580, se batían portugueses y españoles.

—¿Por qué?

—Por la sucesión de la corona entre varios príncipes que la disputaban. Portugal desde 1139 se había separado de Castilla, formando un reino independiente, y cuatro siglos más tarde volvía á pertenecer á España, pues muerto su último soberano, D. Enrique el Casto, lo heredó

Felipe II, que era nieto materno del rey D. Manuel. Disputáronle el cetro los duques de Braganza, de Parma y de Saboya, y el prior de Crato, D. Antonio. Todos los príncipes aprestáronse con sus huestes á defender cada cual sus derechos. El prior don Antonio reunió un numeroso ejército que acampó entre Portalegre y Crato. A su lado estaba la nobleza del país. El derecho del rey de España fué sostenido valerosamente por el gran duque de Alba, que á las primeras batallas dispersó las huestes del prior, siguió su marcha triunfal hasta Lisboa, que se le rindió muy luego, y aunque derrotado el pretendiente, obtuvo el apoyo de las armas francesas, la poderosa escuadra del marqués de Santa Cruz, después de haber deshecho la suya, se apoderó de la isla Tercera, que había servido de refugio al enemigo, quedando desde entonces Portugal, y sus vastas posesiones en ambas indias, en poder del rey de España. Desde aquella lucha Crato fué célebre en la historia de Portugal, y el prior D. Antonio, que fué vencido por el número de los de Alba, ocupa un puesto de honor en la lucha que sostuvo Portugal por su independencia.

En esto el tren paró de nuevo.

cas, casa de misericordia, hospicio, seminario, un colegio, escuelas y biblioteca pública.

Y el tren corria de nuevo.

Yo continué hablando de la ciudad, y decía:

—Portalegre

tiene una rica co-

marca rural, donde viven unos 12.000 habitantes, con-

tando los 8.000 de la ciudad, fundada por los Romanos

en tiempo de Augusto, con el nombre de *Ammen* y des-

truida después por los árabes, en el siglo XI. En la Edad

Media, cuando por Don Alfonso Enrique se formó el reino

de Portugal, Portalegre fué restaurada, y engrandeci-

da notablemente en tiempos del rey D. Manuel. Sus mu-

ros no son muy sólidos, así fué que en 1704 tuvo que ren-

dirse á las tropas españolas de Felipe V. Es pueblo agri-

cola, pero tiene también algunas industrias sostenidas

por la fabricación de paños y jabones.

—¿Qué estación viene ahora?

—La de Crato.

Por estos sitios que ahora recor-

remos, en 1580,

se batían portu-

gueses y españo-

les.

—¿Por qué?

—Por la suce-

sión de la corona

entre varios prin-

cipes que la dis-

putaban. Portu-

gal desde 1139 se

había separado

de Castilla, for-

mando un

reino in-

dependiente, y

cuatro si-

glos más

tarde vol-

vía á per-

tener á

España,

pues

muerto su

último so-

berano,

D. Enri-

que el

Casto, lo

heredó

Felipe II, que era nieto materno del rey D. Manuel. Disputá-

ronle el cetro los duques de Braganza, de Parma y de Saboya,

y el prior de Crato, D. Antonio. Todos los príncipes aprestáronse

con sus huestes á defender cada cual sus derechos. El prior don

Antonio reunió un numeroso ejér-

cito que acampó entre Portalegre

y Crato. A su lado estaba la no-

bleza del país. El derecho del rey

de España fué sostenido valerosa-

mente por el gran duque de Alba,

que á las primeras batallas dis-

persó las huestes del prior, siguió

su marcha triunfal hasta Lisboa,

que se le rindió muy luego, y

aunque derrotado el pretendiente,

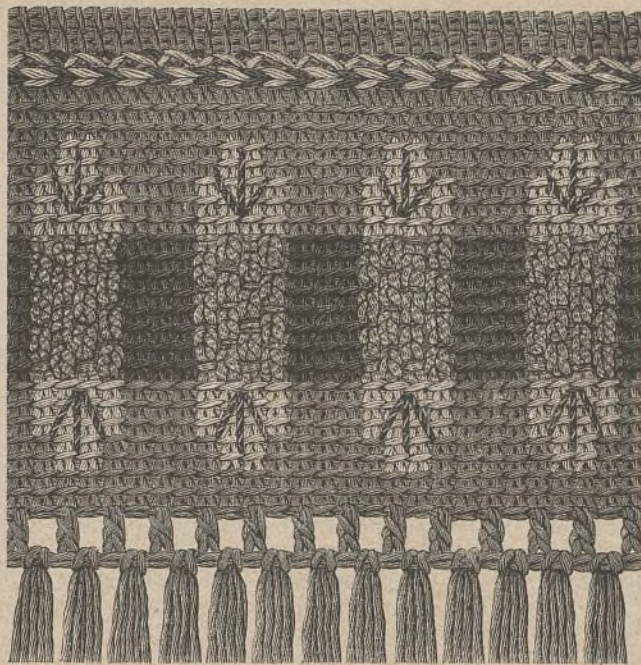
obtuvo el apoyo de las armas fran-

cesas, la poderosa escuadra del

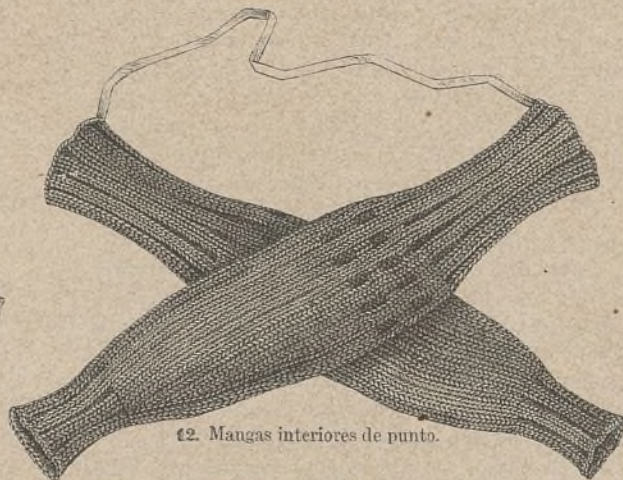
marqués de Santa Cruz, después

de haber deshecho la suya, se apo-

deró de la isla Tercera, que había



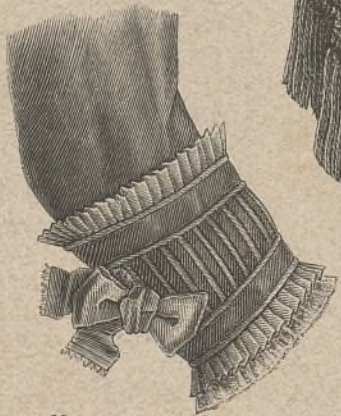
8. Cenefa y fleco para la esclavina núm. 9.



12. Mangas interiores de punto.



9. Esclavina de crochet tunecino. (Véase el núm. 8).



13. Manga para vestido.



14. Manga para vestido.



17 y 18. Túnica para niña.

el país so pretexto de que la corona de D. Enrique le pertenecía á Felipe II.

Y el tren comenzó á correr de nuevo.

Scott me preguntaba:

—¿Felipe II fué un gran rey para España? Parece que lo celebran mucho los españoles.

—Para mí fué uno de los monarcas más fatales. Con su funesta política dió principio á la decadencia y empobrecimiento del gran reino que había heredado de sus mayores. Su protección á la liga católica francesa costó á España todos los ahorros que guardaba en sus ricos tesoros, para que Felipe II tuviese, al fin, que ajustar la paz con Francia en 1598. Por favorecer á los católicos de Irlanda malogró aquella famosa armada llamada la *invencible*, que no la ha visto igual ningún pueblo. Por sostener la unidad religiosa emigró de España hasta 7.000.000 de habitantes. Su política nos trajo al empo-

brecimiento, y él mismo tuvo que acudir á la limos-

na (como cuenta el cronista Gon-

zalez Dávila)

«por medio de al-

gunas personas

religiosas; y fué

más lo que se per-

dió de reputación

que lo que se jun-

tó de donativo...»

Su hijo Felipe

tercero, como su

nieto Feli-

pe IV, á

quien sus

aduladores

cortesanos le

daban el

dictado de

grande,

siguieron su

fatal política, que

nos trajo á la rui-

na, pues tras de

haberse perdido

para España el

Rosellon, los

Países Bajos, la

provincia de Ar-

toa (*Artois*), la

Asacia, Cataluña,

todos los Estados

de Italia

y el Portugal, y de

haberse dado cua-

renta batallas, las

más de ellas per-

didas, en que sa-

crificaron milla-

res de gentes, quedó

el reino sin dinero,

sin soldados, sin

agricultura, sin

fábricas, sin

comercio, sin ma-

rina y su pobla-

ción reducida á

8.000.000 de

habitantes. La

política de los

Felipes ha sido

para España muy

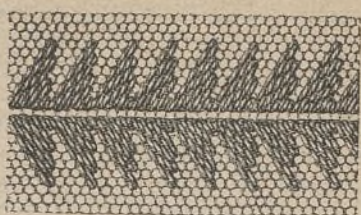
fatal y no mejor

para Portugal,

donde el recuerdo

de la domina-

ción española es



7. Entredós bordado en tul.



11. Albornoz-echarpe.

En el curso histórico general que á los escolares les enseñan en Lisboa hay una muestra de esta verdad. Cuando Felipe II entró en Lisboa se había trasladado la Universidad á Coimbra, y aparentando interesarse por la enseñanza y por las glorias de la primera Universidad de Portugal, ofreció favorecerla en todo cuanto él pudiese. Confiado el claustro de profesores en las palabras del monarca, pidióle un día que le cediese los palacios de Alcazovas para trasladar á sus espacuosos salones las cátedras. ¿Y sabe V. que hizo el rey?

—¿Demoler los palacios, tal vez?

—Otra cosa peor.

—¿Prenderles fuego?

—Hizo otra co-

sa más mala aun:

«Felipe II negó

«esta «petición

«tan justa, segun

«carta suya de 30

«de Setiembre de

«1583, diciendo,

«que aunque de-

«seaba hacer mu-

«chas mercedes

«á la Universi-

«dad, no conve-

«nia á su servicio

«darla sus pala-

«cios, antes por el

«contrario, que

«los desocupase

«en aquello que

«tenía la Univer-

«sidad, pues de-

«terminaba man-

«darlos concertar

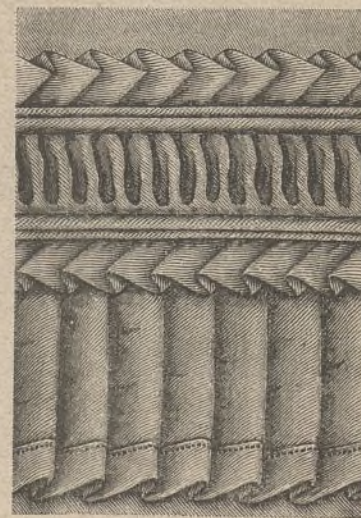
«para poder ir á

«ellos algun tiem-

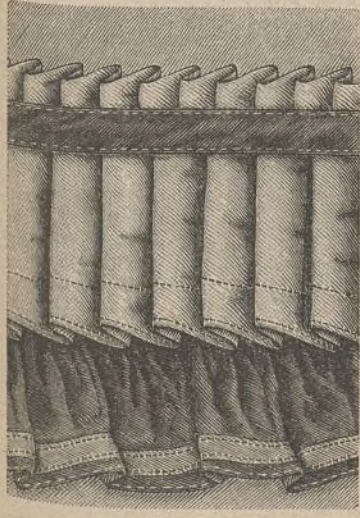
«po, como de-

«seaba...» «Al-

«gunos años des-



16. Adorno para vestido de un color.



15. Adorno para vestido de dos tonos.

«pues resolvió Felipe II ceder los palacios, pero fué tan vil, que dijo no los entregaria gratuitamente y que los cederia mediante la suma de treinta mil ducados (!!!) La Universidad tuvo que satisfacer esta exigencia y la transacion se verificó por carta de venta, otorgada en Setiembre de 1597....»

—¡Qué infamia!

—Como estas hizo Felipe II muchas más. Y lo peor de ello es que todas ellas forman la historia de la dominacion de los Felipes en Portugal, historia que todos los escolares dan de memoria al pisar las aulas universitarias, siendo tambien así todos los recuerdos que Portugal guarda de la dominacion española, haciéndonos partícipes á los españoles todos de esa odiosidad que conservan á los Felipes, como si los españoles, más que los portugueses, no hubiéramos sido víctimas de la tiranía de los príncipes Austriacos.... Y en esto el tren acertaba el paso. Momentos después parábamos frente á una estacion solitaria y silenciosa.

Habíamos llegado al gran pueblo de Chanza.

—¿A dónde está aquí la ciudad? nos preguntaba Scott.

—No es ciudad, sino un lugar de cuatro vecinos, que ahora no se ve, porque está la noche nublada, aunque de día se ve menos, pues todo el pueblo cabe en el bolsillo del gaban de V., y claro está, una cosa tan pequeña no se puede ver desde aquí, ni aun con sol claro.

Y el tren corrió de nuevo.

Ibamos en derechura á Ponte de Sor. Por las campiñas que recorría la locomotora se veían cruzar en distintas direcciones, aldeanos que guiaban sus carros tirados por pequeños burros. Aquellos vehículos formaban un singular contraste con la locomocion que arrastraba la máquina de nuestro tren, y un mundo de ideas cruzaba por nuestra mente al considerar la distancia que separaba, en el orden progresivo, al vehículo de la locomotora. Aquel el tiempo de nuestros abuelos, la posada, la jornada de cuatro leguas, los viajes interminables, las fiambreras, la bota de vino, los vuelcos en los caminos y las sorpresas de ladrones; esta la rapidez instantánea, la economía, la comodidad, las buenas comidas de las estaciones, y la seguridad individual garantida de los saltadores. Pensando tambien en lo mismo, tal vez, Scott, miraba el paso lento que train aquellos pesados vehículos, y exclamaba:

—¡Parece que estamos en el Japon.

—¿Por qué, amigo Scott?

—Por el género tan raro de transporte que hay en este país.

—En los pueblos rurales los aldeanos tienen un pequeño carrito de dos barales, donde enganchan á un burro, y ya lo ve V. como les sirve. No tienen necesidad de caballerías mayores, que les costaria lo que no pueden gastar.

—Pero esto no se ve ni en el Japon.

—Cierto. En el Japon no se enganchan á los animales los vehículos.

—¿Pues quién tira de ellos?

—Los hombres.

—¡Qué barbaridad!

—Por barbaridad que á V. le parezca, es verdad. Por lo demás, los japoneses van mucho en carruaje; pero los vehículos son casi todos arrastrados por hombres, y en este caso se llaman *ginrikisha*. Su velocidad es grande y rivaliza con la de los coches tirados por caballos. Numerosas paradas de hombres están establecidas en los diferentes barrios de la ciudad y aun de los caminos, de tal suerte, que el servicio se hace con una precision y una rapidez notable. Segun el censo de 1873, existían en Tokio: 4 *ginrikisha* de cuatro ruedas, 44 de tres ruedas y 100 de dos, pertenecientes á particulares; 6.600 *ginrikisha* públicos de tres ruedas y 12.500 de dos. Total, 19.248 *ginrikisha*.

Las carrozas tiradas por caballos eran sólo 102; los palanquines servidos tambien por caballos (sistema ya casi desusado en el día) son 100, y los caballos de silla 1.450.

Por último, para completar la idea de lo que son los medios de transportes de Tokio, diré á V. que los expresados vehículos terrestres, las barcas y los juncos que hacen el servicio de las grandes canales, los cuales surcan en todos sentidos la capital sumaban en 1873 hasta 495 barcas de servicio público y 18 de lujo pertenecientes á particulares; 378 juncos chinos de servicio, y 9, tambien chinos, de servicio privado. En juto, 601 embarcaciones: tal es el material empleado por los bateleros, públicos ó privados de la capital del Japon.

Y segun las cifras oficiales que acaban de publicarse, el censo de poblacion revela que, en 1872, el Japon tenía 33.110.825 habitantes, estando casi equilibrados los sexos, lo cual es bastante raro en un país donde existe la poligamia, y deberia por lo tanto preponderar el femenino.

Ahora dígame V., amigo Scott, si cabe comparacion

entre los medios de transporte de los japoneses y las de estos aldeanos de Portugal. Allí el hombre es el animal que arrastra el peso del vehículo, ni más ni menos que si fuese un buey ó un caballo; aquí el hombre guía á la caballería, y está lejos de confundirse con la bestia feroz. Allí el hombre es un mulo de carga; aquí el hombre es hombre.

—Cierto.

—Lo que pasa es que nosotros, acostumbrados á la vida de los grandes centros, desconocemos las costumbres de las aldeas y de los pueblos rurales, y nos parece una cosa atroz ver en el siglo XIX á un burro tirar de un carro de dos barales, sin tener en cuenta que ese vehículo basta y sobra para llenar las necesidades de una familia, de un vecino rico tal vez, de un labrador acaudalado.

—Cierto.

—En Portugal hay una poblacion rural que no guarda proporcion con la urbana. Todo el reino mide una superficie de 8.962.531 hectáreas, y de estas 26.100 son ocupadas en poblacion; 29.094 por carreteras; 91.335 por las corrientes de rios y riberas; 93.500 por las sierras y montes, y 60.000 por arenales. La superficie total de los territorios de la nacion hoy son de 2.011.640 kilómetros cuadrados, habiendo sido en el siglo XVI de 10.000.000.

De los actuales 2.011.640 kilómetros cuadrados, 89.625 son de la Península; 2.597 de las Azores; 550 la isla Madeira; 2.929 Cabo Verde; 8.400 la Senegambia; 1.025 San Tomé y Príncipe; 600.000 Angola; 1.284.000 Mozambique; 5.400 Goa, y 17.000 Timor. La poblacion urbana del Reino se calcula en 706.500 habitantes y la rural en 3.583.500, en relacion de 1.970 por 10.000 habitantes.

En Inglaterra esta proporcion es de 5.003 y en Francia de 2.316.

Ahora diré á V. más. La poblacion rural en este país está fraccionada en muy diversas comarcas, que á su vez están divididas en caseríos pequeños y aldeas agrícolas, donde se hace la vida del labrador que no tiene aspiraciones ni otro deseo que el de que venga buen tiempo para coger abundantes cosechas. Por eso vemos por aquí todo al revés que en Madrid ó en Londres. Las mujeres van descalzas, los carros tirados por burros, y el rostro de todos los aldeanos quemado por el sol. Si hubiéramos parado en Ponte de Sor y nos hubiésemos ido al pueblo, veríamos una aldea pequeña y alegre, donde vive muy cómodamente un pequeño vecindario entregado al trabajo y penalidades de la vida campesina.

En esto el tren paraba.

Habíamos llegado á Bemposta.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

POR ANGELA GRASSI.

(Continuacion).

Al través de los cristales brillaba una luz, y á su resplandor divisó á una mujer vestida de blanco, que estaba leyendo sentada junto á una mesa.

—¡Pobre Margarita! pensó Leopoldo, ¡siempre ocupándose en alguna cosa útil! ¡Cuán buena es, y cuán dichoso me consideraria si fuese mi hermana y pudiese retenerla siempre á mi lado! ¡Se está tan bien junto á ella! ¡Es tan solícita, tan amante!

Yo no sé cómo lo hace, pero piensa siempre en todo: ¡aun no se formula un deseo, cuando ya lo ha satisfecho! ¡Pobre Margarita! ¡ojalá sea tan feliz como yo deseo!

Mientras pensaba así, la que era objeto de su atencion se levantó, cerró el libro, dió una vuelta por el aposento y apagó la luz.

—¡Va á recogerse sin duda, y fuerza será que la imite, porque debe ser muy tarde! pensó de nuevo Leopoldo.

Aun no habia acabado de hacer este propósito, cuando un ligero rumor de pasos le detuvo clavado en aquel sitio. Parecióle divisar una blanca sombra que se deslizaba misteriosamente por entre el ramaje: pero la luna no difundia del todo su melancólico resplandor, el jardín estaba sumido en la oscuridad, y creyó que seria ilusion de sus sentidos.

Sin embargo, al cabo de un momento apareció otra distinta sombra, y el áura trajo á su oído, aunque débilmente, el eco de una voz varonil, mezclado con el de una voz suave y melodiosa.

Excitada su curiosidad hasta lo sumo, no atreviéndose á prestar fe á la sospecha que acababa de surgir en su mente, no pudiendo rechazarla, se decidió á penetrar aquel misterio.

Las ramas de un álamo tocaban casi á la ventana. Saltó sobre su alfeizar, se agarró á aquellas frágiles ramas,

llegó felizmente al tronco del árbol, y desde allí se descolgó hasta el suelo.

Dirigióse entonces paso á paso al sitio en donde resonaba aquel confuso murmullo de voces; pero cuando estaba ya próximo á la misteriosa pareja, asustada ésta por el ruido que hizo con las ramas, se separó precipitadamente.

Una de las dos sombras, vendida por la blancura de su traje, no pudo ocultarse á las miradas de Leopoldo, que la siguió en su rápida carrera.

La fugitiva dió mil vueltas por el jardín, y cuando el joven estaba ya seguro de alcanzarla, abrió la puerta del pabellon, y desapareció de su vista.

—¡Margarita! exclamó Leopoldo con tono doloroso, ¡Margarita!

Y quedó inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, con las miradas fijas en el suelo. ¡Parecia que el firmamento se hubiese desplomado sobre su cabeza, dejándolo atónito y sin vida!

Peró en la calle resonaron angustiosos gritos de socorro que galvanizaron su espíritu abatido.

Despertáronse los impulsos generosos de su alma, corrió hácia la tápia y quiso escalarla.

Era empresa fácil por aquel lado, pues podia trepar por los árboles hasta llegar al borde del muro; pero la bajada debia ser casi imposible.

Los gritos de socorro redoblaban, siendo cada vez más angustiosos y apremiantes.

Leopoldo no vaciló, se encaramó hasta lo alto de la pared, y allí, con no poca sorpresa suya, sus pies tropezaron con una escala.

Descender por ella y ponerse al lado de un hombre que se defendia contra tres, fué obra de un instante.

Entonces las calles de Madrid no estaban iluminadas, como ahora, por torrentes de esplendorosa luz; entonces algunos faroles de aceite, colocados á mucha distancia los unos de los otros, aumentaban casi la confusion de las tinieblas en vez de disiparla, ofreciendo seguro campo á los ladrones y asesinos. Aunque nos separan tan solo algunos años de aquella época, el aspecto de Madrid, como el de todas las capitales del mundo, ha variado por completo.

El desconocido que se defendia con intrepidez de sus agresores, reanimado por el socorro de Leopoldo, tomó la ofensiva, hirió con su baston de estoque á uno de ellos, y obligó á los otros dos á que tomasen la fuga, abandonando á su compañero.

Ya era tiempo, porque se acercaba la ronda, que entonces aun protegía con su vigilancia el sueño de los pacíficos vecinos.

—Gracias, caballero, dijo el desconocido volviéndose hácia Leopoldo; pero es preciso que nos separemos; la ronda se acerca, hay un hombre herido, y sería largo y enojoso probar la verdad del hecho.

—Enhorabuena, respondió Leopoldo; pero exijo que antes me diga V. su nombre. Descendia V. de esa casa, que puedo llamar mia, y necesito saber quién es y con qué intenciones la ha escalado.

—¡Vana pretension! gritó el desconocido. Ni reconozco en V. el derecho de preguntármelo, ni nadie me obligará á hacer una confesion semejante.

La discusion entre ambos se acaloró en tales términos, que los individuos de la ronda se arrojaron sobre ellos antes de que se hubiesen apercibido de su presencia.

La actitud amenazadora de ambos contendientes, la escala y el herido, que exhalaba lastimeros ayes, prestaban suficiente causa para reducirlos á prision.

Leopoldo casi se alegró, esperando que el desconocido, mal que le pesase, tendria que revelar su nombre; pero sus esperanzas se vieron burladas, porque aquél, deslizando un puñado de oro en la mano de uno de los alguaciles, logró que éste le dejase tomar la fuga.

—¡Soltadme entonces, soltadme! gritó Leopoldo fuera de sí. ¡La justicia debe ser igual para todos!

—Vamos, dijo con calma el cabo de la ronda, tú tienes la culpa si tus piernas son menos listas que las de tu adversario.

El joven se desdendió de responder á esta cínica chanzoneta, esperando que cuando llegase á la prision hallaria personas rectas á quienes manifestar su inocencia; pero allí no halló mas que á un malcarado alcaide, quien restregándose los ojos, estirándose y bostezando, indicó claro de que acababan de interrumpir su placido sueño, no hizo más que entregar una llave á un carcelero, diciéndole:

—Número 4.

—¡Pero yo no he cometido ningún crimen! exclamó Leopoldo, que empezaba á alarmarse seriamente, ¡yo no quiero que se me encierre sin dar antes mis descargos!

—¡Y quién quiere V. que le oiga á estas horas, que son las tres de la mañana? replicó el alcaide mohino.

—¡La justicia está durmiendo! murmuró en su oído el alguacil, que se picaba de gracioso.

Leopoldo vió que era inútil oponer resistencia, y se resignó á esperar que fuese de día. Siguió, pues, con la cabeza baja al carcelero, quien le condujo á un apartado aposento, en donde solo había un jergon, y cerrando la puerta con doble llave, le dejó entregado á sus meditaciones.

Estas eran más amargas de lo que él mismo hubiera podido jamás imaginarse. Un monte de hielo oprimía su corazón, y las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

—¡Margarita! ¡Margarita! decía, ¿en quién podremos creer? ¿De quién podremos fiarnos ya en el mundo, si tú nos has engañado? Tú, que respiras pureza y candor; tú, que pareces sinónimo de virtud y de inocencia; tú, vendiendo á tu protectora, cubriendo de baldón el nombre de tu marido!

Y agitado por estos pensamientos, daba vueltas en su duro lecho y lanzaba tristes quejas.

No se acordaba de la inquietud que experimentarían la condesa y su hija al notar su desaparición, porque contaba con recobrar la libertad así que el sol brillase sobre el horizonte.

Pero brilló el sol, y aun avanzó rápidamente hacia el zénit, sin que se abriese la herrada puerta de su calabozo.

La inquietud de Leopoldo iba también creciendo, y bien pronto no tuvo límites.

Por fortuna, después de algún tiempo, pasado en esta mortal angustia, se abrió la puerta y entró el carcelero, quien le dijo con tono bondadoso:

—Hágame V. el obsequio de seguirme.

—¿A dónde vamos? preguntó Leopoldo recobrando la esperanza.

—A prestar declaración.

Leopoldo respiró. Por segunda vez se creyó salvado, y por segunda vez hubo de convencerse de que es más difícil de lo que parece el recobrar la libertad, después de haberla imprudentemente aventurado.

Hicieronle sufrir un largo interrogatorio, y después de haberle preguntado cien veces sus nombres y pronombres, le manifestaron que su palabra nada significaba, y que era necesario que su nombre y calidad constasen en algún documento fidedigno.

Fué preciso, pues, que, á pesar de su repugnancia, pronunciase el nombre de la condesa, en cuya casa tenía su equipaje y pasaporte, después de lo cual vió con sorpresa que le conducían de nuevo á su calabozo.

Leopoldo, al llegar á él, se dejó caer sobre el jergon; ya no era impaciencia ni ira lo que le agitaba, y sí solo un angustioso estupor y un sombrío abatimiento que embotaba sus sentidos.

Algunas horas trascurrieron en este estado, hasta que el ruido de los cerrojos le sacó de él, haciéndole palpar el corazón con violencia.

Era otra vez el carcelero.

—¡Buena noticia! le dijo al entrar. Hay una señora que quiere hablar con V., digo mal, dos señoras.

—¿Dónde están? gritó el joven vivamente.

—Poco á poco, replicó con sorna el carcelero. Son personas de alta clase, y el señor alcaide ha dado orden para que se le permita á V. subir al salón. Eso sí, bien escoltado.

Leopoldo ya no le escuchaba, y se abalanzó hacia la puerta.

La primera persona á quien vió al llegar al salón, fué á Cristina.

Esta le salió al encuentro precipitadamente, y le dijo con voz ahogada:

—Que no sepa jamás mi madre lo que ha ocurrido esta noche. ¡Oh, no, que no lo sepa! ¡la echaría de casa!

Leopoldo sintió un agudo é inexplicable dolor en el corazón.

—¡Luego es ella!... balbució; ¡tú lo sabes!...

—¡Sí; todo lo sé, todo!...

Cristina se aseguró de que su madre no la oía, y prosiguió en voz más baja:

—¡Tu imprudencia la ha perdido, y este negocio, que hubiera quedado envuelto en el misterio, va á ser puesto en claro por la justicia!... El herido ha declarado que había recibido dinero de una mujer de alta clase para apoderarse del que escalase los muros de nuestro jardín, y va á hacerse pública esta noticia.

—¿Y cómo puedo yo impedirlo! exclamó Leopoldo angustiado.

—Di que habías salido, que pasabas casualmente por la calle, que no sabes nada; niégalo todo, y en primer lugar, ¡que no lo sepa mi madre!

La condesa, cansada de este largo aparte, se acercó á ellos, y la conversación se hizo general.

Madre é hija procuraron consolarle, y le prometieron librarle pronto de su penoso encierro.

Cuando ambas se disponían á partir, Leopoldo se decidió á preguntar por Margarita. Veinte veces había estado á punto de pronunciar este nombre, y veinte veces le había detenido una secreta é inexplicable timidez, de la cual no acertaba á darse cuenta.

—¡Es tan buena! dijo la condesa, respondiendo á su pregunta, ¡se interesa tanto por todos, y en particular por tí, á quien llama su querido hermano, que al recibir la noticia de tu prisión, se sobrecogió en tales términos, que no pudo salir de casa.

Cristina miró á Leopoldo de un modo significativo.

Este bajó los ojos desconcertado y confuso. Le hacía daño encontrar aquella mirada acusadora.

(Se continuará).

ECOS DEL MUNDO.

Más de una vez he pensado que la mujer tiene en su mano el grado de estimación con que desea que la mire la sociedad. Si vive digna y tranquilamente, según sus medios de fortuna, si no comete culpables ligerezas, si guarda su sitio y no tiene exageradas pretensiones, es estimable, y en ese caso puede estar segura de que será estimada.

Colectivamente la sociedad es injusta á veces: mas individualmente ve más claro, y no son tantas las almas nobles y dignas que no sean apreciadas en lo que valen.

Es increíble la influencia que el atavío de una mujer ejerce en la pública consideración: el abandono de su traje hace que se la desestime; pero la demasiada ostentación, el lujo que está por encima de los recursos que se la conocen y de sus medios de fortuna, la desconsideran mucho más.

Es preciso, pues, que evite con todo cuidado estos dos escollos, y aun hay otro más funesto que da lugar, no á la crítica, sino á que se cubra de ridículo, que es lo que deshace, lo que mata, sobre todo cuando cae sobre una mujer.

Este tercer escollo, espantoso, terrible, son las pretensiones á una eterna juventud; el modo de vestir vistoso ó inocente; la afición á las hechuras propias de la adolescencia, que se advierte en algunas mujeres, bien entradas ya en el estío de la vida.

¡Qué deplorable espectáculo ofrecen los teatros y los salones! Nada es más triste que la vejez disfrazada de juventud; que el arrebol y el blanquete, sobre mejillas arrugadas; que las flores sobre los cabellos teñidos ó postizos; que la gasa velando hombros y brazos flacos, demacrados y huesudos.

Y no es necesario llegar al extremo para encontrar tristes variantes de la exagerada coquetería femenina: aun sin llegar á la vejez, se ven mujeres de edad madura, que modulan su voz con los tonos más atiplados, que hacen gestos llenos de candidez, que fingen asombros y rubores de quince años, que bailan, juegan con el abanico, miran y sonríen con una ingenuidad é inocencia tan cómicas, que el sexo fuerte y aun el débil—generalmente menos benévolo—hallan en su sociedad manantial inagotable de buen humor y de ocurrencias agudas y chistosas.

Por poco que frecuenteis la sociedad, vereis lectoras mías, solteras que pasan de cuarenta años irse á sentar entre las niñas, pensando que con solo este hecho pierden las gentes la memoria de los años que hace las están viendo figurar, y borran los estragos del tiempo en sus mejillas, en sus ojos y hasta en el aire general de su persona.

Esta triste debilidad del espíritu me ha causado siempre profunda compasión: porque esas mujeres, tomando su partido, como he oído decir á una mujer de gran talento, es decir, resignándose á envejecer, serían estimadas, y quizá podrían ser amadas todavía: no es extraño hallar que una mujer es demasiado joven para hacerse vieja, cuando ella renuncia voluntariamente á las pretensiones de la coquetería: esas mujeres serían respetadas, queridas con amistad, estimadas altamente, en vez de ser menospreciadas, en vez de ser objeto de las burlas y de la sátira del sexo fuerte.

No puede desconocerse que Dios depara á sus criaturas destinos diversos en la tierra: hay muchas mujeres, que al llegar á la edad madura, cuentan con afecciones sólidas de familia, y que son esposas y madres consideradas y dichosas; hay otras que de un amor largo y verdadero han sabido hacer una amistad sólida y eterna; y las hay, en fin, que están aisladas de todo lazo del corazón, ó porque no fueron bastante felices para contraerlos á su tiempo, ó porque la muerte las ha arrebatado los seres que amaban; pero aun en este último caso, una mujer estará mejor sola con Dios y consigo misma, que ostentando pretensiones que jamás dan por resultado ni afecciones sinceras, ni estimación, sino sólo una despreciativa y humillante lástima.

Nunca debe una mujer olvidar el cuidado de su persona; á ninguna edad debe llevar un traje mal hecho, ó de forma anticuada, mal calzado ó mal guante; pero el esmero de su traje debe estar acorde siempre con su edad y con sus medios de fortuna, porque en todas las fortunas, en todas las edades hay damas de exquisito buen tono, elegancia y distinción: un vestido negro puede estar hecho con tan buen corte como uno rosa ó azul celeste: un guante gris-plomo, puede ser tan deliado, de tan buena hechura, como uno amarillo ó color lila: el buen gusto, el tacto, se revelan donde quiera que existen.

Al colocar Dios en nosotros las fuentes del pensamiento, fué cuando nos hizo verdaderamente hermanos.

Porque el pensamiento nos permite volar hacia los seres que amamos, ó hacia los que deseamos que nos amen.

Aquí estoy con vosotras por el pensamiento, lectoras mías: entre vosotras, que deseo me ameís como á una amiga.

Al escribir en verso la pobre historia de un árbol que planté, siendo aún muy niña, en uno de los hermosos bosques de mi país, he dicho:

.....
Que no hay distancia para el alma amante
Que no salve veloz el pensamiento;
Y aunque de aquella tierra tan distante,
El árbol miro, y á su pie me siento!

La que os habla, lectoras mías, es vuestra amiga, y desea, ya que no consolaros de vuestros dolores en estas líneas, á lo menos precaveros contra el fastidio, que es más molesto y más triste y más helado que el dolor.

Confieso, sin embargo, que no comprendo cómo y por qué se fastidian las mujeres. Ya estén colocadas en la posición de hija, esposa ó madre, Dios les ha legado muchos dolores, es cierto; pero también les ha encomendado muchas, muy sagradas y dulces obligaciones que cumplir.

Si un hombre me dijera:

—Amiga mía, me fastidio, — le contestaría con estas ó parecidas palabras:

—Trabaje V. Si la riqueza le abruma, haga V. bien, consuele la desgracia, enjague las lágrimas de los desgraciados; que hay muchos semejantes suyos que lloran y sufren crueles dolores y privaciones de todo género.

Mas si una mujer me dice lo mismo, acaso mi contestación sea algo más severa, á pesar de las simpatías que tengo por mi sexo.

—Señora, le diré, es una falta en una mujer el quejarse del fastidio; la que lo experimenta debe tener gran amor á la ociosidad; porque la ocupación continua, los cuidados domésticos, la lectura y el trabajo bastan para llenar nuestra existencia y ocupar todo nuestro tiempo.

Sin embargo, hay algunas mujeres, cuya imaginación demasiado ardiente, se aviene mal con los cuidados prosaicos, mecánicos, por decirlo así, de la vida.

Si estas pobres mujeres hubieran recibido una educación esmerada, ó si Dios las hubiera hecho nacer en el sexo fuerte, hubieran desplegado un talento maravilloso y una aptitud asombrosa para las ciencias y las artes.

Y esas desgraciadas criaturas que dan vueltas en un círculo que las ahoga, como águilas sin alas que no pueden volar al cielo que columbran, esas pobres criaturas sufren, sin que mi corazón pueda reprocharles sus sufrimientos.

Esos infelices seres, no sólo padecen hastío; á su hastío va unida la tristeza, el desaliento, y á veces hasta la desesperación.

Para vosotras escribo yo, almas dolientes y enfermas; á vosotras quiero enseñar dulcemente que la resignación es un bálsamo, un deber y un remedio para todos los dolores.

Es preciso saber ser felices con la poca parte de dicha que el cielo nos ha concedido; es preciso contentarse con su suerte y pensar en los dolores de los demás; es preciso decirse que en la vida todo tiene su pró y su contra, y que los que parecen más felices que nosotros, tienen acaso dolores ocultos y terribles que por pudor ó por deber tienen que ocultar; acaso su sonrisa es un esfuerzo doloroso, terrible, que les imponen las exigencias sociales.

Acaso bajo cada corona de brillantes se oculta una corona de espinas.

Aspiremos á las comarcas de eterna luz, que en estas, tan llenas de sombras, ha de ser nuestra estancia muy corta.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

VICENTE YANEZ.

Tan estimable actor, nació en Madrid el día 22 de Enero del año 1844.

Émulo de las glorias de *Luna*, *Latorre*, *Maiquez* y *Romea*, se dedicó al teatro, empezando de racionista en el de Novedades el año 1863.

La buena acogida que ha tenido en todos los teatros de la Península y muy especialmente en los de la corte, es una prueba de su gran valía. Los ruidosos éxitos alcanzados en *El cura de Aldea*, *Jorge el armador*, *La Aldea de San Lorenzo*, *Un drama nuevo*, *Los crepúsculos*, *Bienaventurados los que lloran*, *Los soldados de plomo*; y otra infinidad de producciones, demostrarán evidentemente que Vicente Yanez será uno de nuestros primeros actores: ya hoy figura como tal y se halla dirigiendo la excelente compañía de verso que actúa en el teatro *Martin*.

MANUEL CALVO.



19. Cofia con lazos.

Con el anagrama del doctor Solano, ha escrito y publicado en Madrid una de las primeras notabilidades en la ciencia de curar, un libro en el que una vez más pone de manifiesto su profundo talento, y en el que demuestra sus conocimientos nada comunes en las ciencias sociales y políticas. Con sano criterio, con imparcialidad suma, con lógica segura, con estilo agradable y lenguaje castizo, va examinando el autor las diferentes fases por donde ha pasado nuestra patria desde la revolución de Setiembre; los abusos que los revolucionarios han cometido, los conflictos que han amenazado a España, los precipicios en que se la ha colocado, y las causas que han producido todos estos lamentables fenómenos. Quisiéramos hacer un juicio crítico de esta recomendable obra, pero no permitiéndolo la índole del periódico en que escribimos, nos limitaremos a recomendarla al público, y a dar la más cordial enhorabuena a su autor.

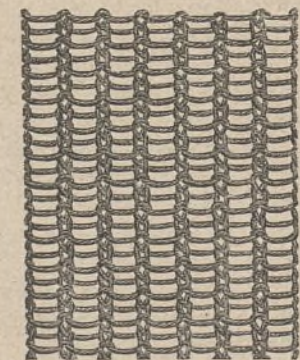
El distinguido pianista y compositor D. Juan Miralles, acaba de escribir una bonita y elegante *Serenata* para piano, que ha publicado y puesto a la venta la acreditada casa editorial de D. Andrés Vidal, Carrera de San Jerónimo, 34. No dudamos que pronto esta composición figurará en el repertorio de los pianistas de buen gusto.

Nuestra joven y distinguida colaboradora Doña Adela Sanchez Cantos, ha publicado una bellísima novela titulada *La víctima de su ambición*. Es una obra sumamente moral y llena de interés, pues sin apelar a esos recursos tan extraordinarios como inverosímiles, propios de la escuela francesa, sabe cautivar al lector por la misma sencillez del argumento y su ameno estilo.

Recomendamos su lectura a nuestras suscriptoras.

SECRETO DE TOCADOR.

RECETA PARA LIMPIAR LA CABEZA É IMPEDIR QUE SE CAIGA EL PELO.—La mejor es lavarse con frecuencia el casco con agua de amoníaco, pues no solamente lo limpia, sino que detiene la caída del cabello y quita los dolores de cabeza. Se separa todo el cabello en dos ó cuatro partes, haciendo trenzas muy flojas, se mojan desde la punta hasta la raíz con el agua de



27. Punto de aguja para pañuelos.



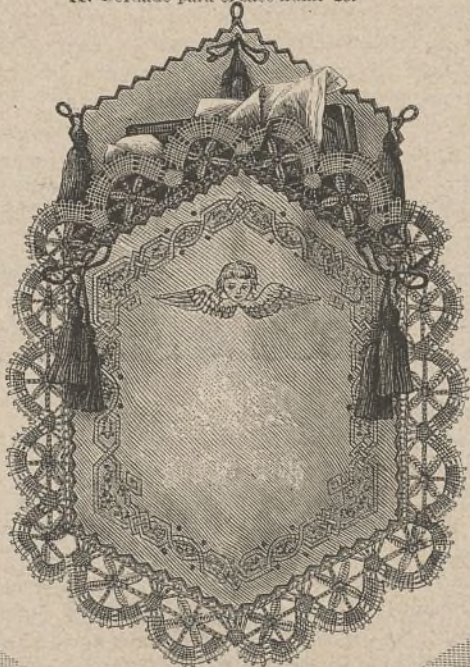
21. Letra para el saco núm. 23.



22. Bordado para el saco núm. 23.



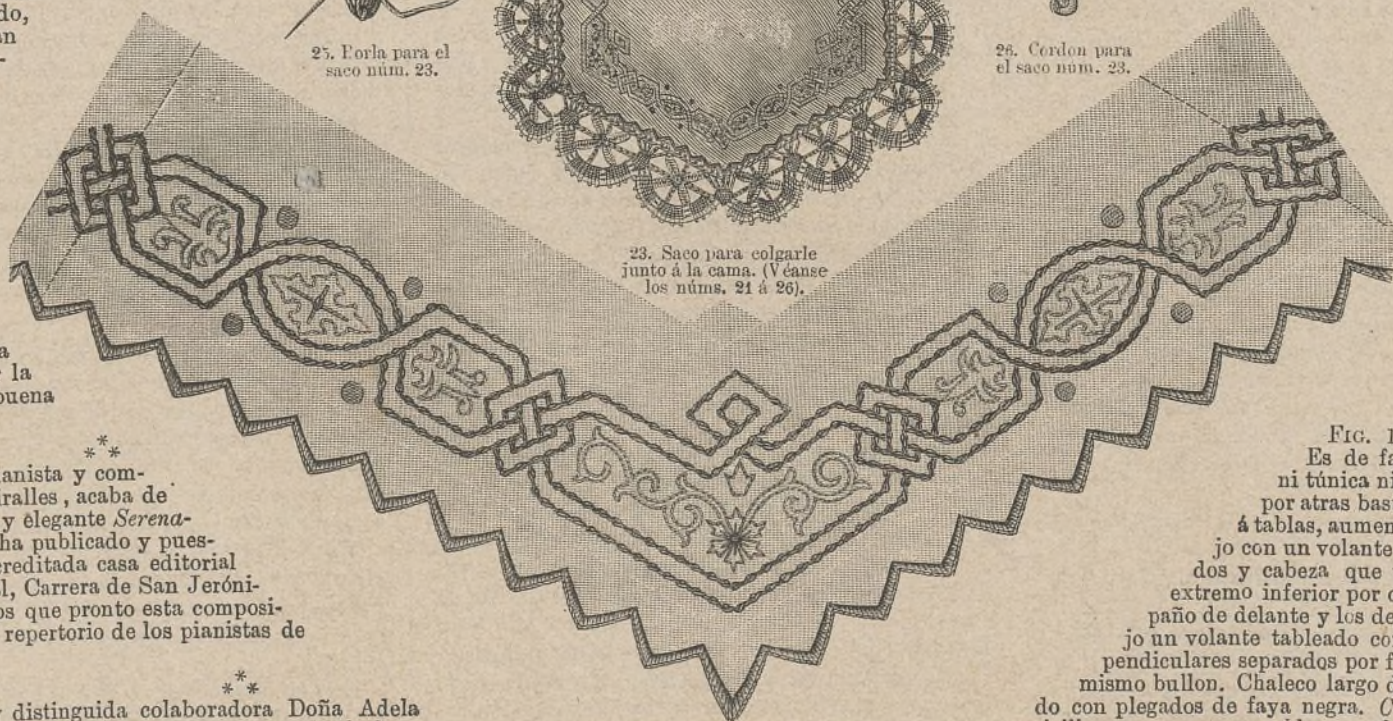
25. Forla para el saco núm. 23.



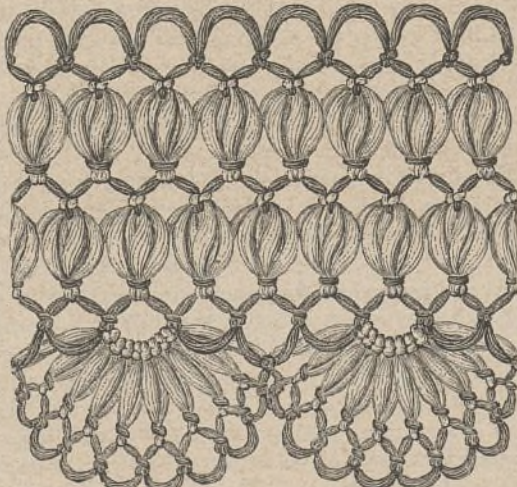
23. Saco para colgarle junto a la cama. (Véanse los núms. 21 á 26).



26. Cordon para el saco núm. 23.



24. Cenefa para el saco núm. 23.



29. Puntilla de malla para pañuelos de lana.



28. Punto de aguja para pañuelos.

amoníaco y se frotan suavemente hasta que aparezca una espuma como de jabón. Se enjuagan entonces con agua clara, se secan con una servilleta y se sejan sueltos para que se acaben de secar.

RECETA PARA DESTRUIR LAS PELÍCULAS Y LOS PUNTOS NEGROS.—Se hacen rayas en toda la cabeza á un centímetro de distancia la una de la otra y se frota la piel con sal blanca muy fina y muy seca. Tres veces se repite la operación durante la misma semana, obteniéndose una completa curación. Si no fuese así, se debe perseverar. La sal cae por sí misma al peinarse.

**

RECETA PARA DETENER LA CAIDA DEL CABELLO DE RESULTAS DE ALGUNA ENFERMEDAD.—Lavarse la cabeza con una decoction de hojas de nogal.

**

RARA HACER QUE EL PELO SE VUELVA RUBIO.—Lavarse la cabeza con cerveza. Estas recetas están experimentadas y han dado satisfactorios resultados.

POMADA PARA LOS LÁPIOS.—Dos onzas y media de cera amarilla, cuatro de esencia de almendras, una manzana, un poco de mosto de uvas: se pone todo al fuego evaporándolo y filtrándolo despues; si se quiere darle un hermoso color, se le añaden dos granos de raíz de ancusa.

La pomada para quitar los granitos de la cara se hace con greda blanca mezclada con crema.

AGUA PARA LIMPIAR Y HERMOSEAR EL CUTIS.—Pónganse á hervir en vino blanco hojas de rosa ó flores de romero, y frótese el cutis.

El agua fresca de pozo, lavándose con ella la cara por la noche, surte el mismo efecto.

EXPLICACION del

Figurin 1192.

FIG. 1.^a—*Troje Luis XIV.*—Es de faya gris perla y no lleva ni túnica ni mantelo. La falda tiene por atrás bastante vuelo y va montada á tablas, aumentándose el vuelo por abajo con un volante de 40 cents., con fruncidos y cabeza que vuelve, adornado en su extremo inferior por otro igual de 12 cents. El paño de delante y los de costado llevan en el bajo un volante tableado con cabeza y bullones perpendiculares separados por fruncidos y volantitos del mismo bullon. Chaleco largo de la misma tela, adornado con plegados de faya negra. *Confeccion Luis XIV.*, de siciliana negra, guarnecida con plegados de faya. Sombrero *Ana*, guarnecido con azul, pluma negra rizada y flores blancas con follaje.

FIG. 2.^a—*Troje de recepcion.*—Es de cachemir rosa, aunque puede copiarse en cachemir gris, y se compone de una falda de cola, adornada por abajo con un volante fruncido y encima una ruche dividida por un terciopelo negro; una túnica de la Edad Media, abrochada por delante, y cuyos adornos iguales á los de la falda figuran dos mantelos sostenidos por lazadas y caídas de terciopelo negro y faya rosa. Cinturon Juana de Arco, de hierro barnizado de negro. Gola y mangas de encaje; una camelia en el peinado.